

A LOS VENCEDORES DE AYACUCHO

Discursos pronunciados por el Embajador del Perú, doctor Julio Vargas Prada y el Ministro de Defensa de Colombia, General Gerardo Ayerbe Chaux, en el homenaje al General Córdoba, realizado ante el monumento a los vencedores de Ayacucho, el miércoles 12 de noviembre de 1939.

DISCURSO DEL SEÑOR EMBAJADOR DEL PERU DOCTOR JULIO VARGAS PRADA

Señores Ministros de Estado,
Excelentísimos e ilustrísimos señores,
Señores Jefes, oficiales y soldados:

Vengo en nombre del Perú y en cumplimiento de un mandato de la historia, hasta este augusto lugar donde se guarda la memoria del más brillante soldado granadino, para rendir homenaje a quien fuera también General de División del Ejército del Perú, don JOSE MARIA CORDOBA, paladín de la libertad de mi Patria y de la gesta emancipadora de la América del Sur.

Y llego a tiempo para ofrendar los laureles del honor cuando en todo Colombia y en las repúblicas bolivarianas por cuya libertad combatió con

denuedo y bravura incomparables, se recuerda el holocausto de su muerte, que 140 años no han podido borrar de la memoria agradecida de los pueblos por los que el General Córdoba desenvainó su espada en cien cargas de asombro y de gloria.

La muerte del héroe granadino era el último precio que el gallardo soldado de la libertad debía pagar para conquistar, más allá del simple valor, y más arriba de todo lo previsto, el sitio del martirio en el altar de la Patria. Era preciso que la obcecación y las pasiones humanas armaran un brazo mercenario para que en el sacrificio del rebelde de Antioquia se ejecutara el misterioso designio de la

Providencia, que si arrebatava a Colombia un gran soldado devolvía en cambio un verdadero adalid a la Patria naciente, más necesitada ya de conductores que de guerreros.

Las naciones que le guardan memoria, entre las que cuenta en primerísimo lugar el Perú, se sienten por eso legatarias de las virtudes del héroe epónimo. Y si todo lo realizado, que fue mucho, en el fulgor de su vida ardorosa no fue bastante para satisfacer los anhelos mitológicos populares, bastaría en el caso de mi país y, estoy seguro, en el de América toda, con la evocación de su ejemplar conducta en la palabra y en los hechos antes y durante la batalla decisiva de Ayacucho. Allí, en el escenario de aquel campo histórico al que los quechuas confirieron nombre de presagio llamándolo "Rincón de muertos", debía resolverse la suerte de la América del Sur. Y Córdoba asistía puntual a la cita cruzando con sus tropas sobre el tatuaje de pasadas contiendas, surcos borrados por el tiempo pero no por el espíritu que es tradición y destino, y que trazaron a su tiempo los Incas imperiales y los agueridos conquistadores del áureo Tahuantinsuyo.

Recuerdas, mi General?

Ostentabas ya los laureles que mereciste en Pichincha luchando codo a codo con los soldados del Perú, y en esta nueva espera de hidalgos que precedía a la alborada de la lucha frente al Condorcunca, en una entrevista con el General Monet, de los Ejércitos del Rey, respondiste a una proposición de

tregua con estas sencillas palabras: "La opinión del Perú, General, es la de todo el mundo, que cada cual quiere mandar en su casa". Lo sabías tú, mi General, y lo sabemos las generaciones actuales tanto como las de entonces. Lo comprendías bien, mi General, y lo comprenden —estoy seguro— tus compatriotas de siempre, porque no es otro el ideal que albergaban los espíritus en la encrucijada de 1824 tanto como en los años decisivos que nos corresponde dignamente vivir.

Pero si esta estupenda respuesta recogía un anhelo nacional que en aquellos ejemplares tiempos era igualmente continental, tu orden de ataque, concisa como una cifra, vibrante como un clarín, alegre como un bambuco de su tierra bellísima, explosiva como un petardo revolucionario, gallarda y altiva como tu imagen, sigue anudando gargantas con la emoción que despierta en las juventudes que desde hace siglo y medio escuchan de sus maestros el relato de tu hazaña y la frase que es compendio, razón, y santo y seña de tu apoteosis: "Armas a discreción, Paso de vencedores!"

También estas palabras resuenan en nuestros oídos como un conjuro de superación y de victoria. Los pueblos que tanto amabas y cuya libertad sellaste no con homérica, que resulta similar extraño, sino con suramericanísima carga en el campo de Ayacucho necesitan hoy más que nunca las armas del espíritu y la técnica, la transformación y el desarrollo, la justicia social y la dignidad nacional para, utilizándolas a discreción, esto es, según

sus justos propósitos, tan lícitos como la libertad política que ganamos en la cumbre de los Andes peruanos, marchar unidos y con paso de vencedores hasta conquistar nuestra plena emancipación económica sin la cual aquella independencia que nos legaste quedaría rota y traicionada por la confabulación y la entrega.

Señores:

Si la gratitud es un valor, la consecuencia es también una virtud. No basta expresar aquella. Es preciso, además, vivirla en la significativa conformidad de los hechos. Por ello este homenaje se perdería en el nutrido campo de los gestos cordiales pero intrascendentes si no fuera acompañado por la resolución, que el mismo traduce, de ser fieles a la unión y amistad que agruparon en mi país a los combatientes de todos los pueblos hispánicos de la América del Sur. El Perú, cuya trayectoria americanista se tradujo posteriormente en la iniciativa de los Congresos de 1848 y 1864, en la defensa y consolidación de la libertad americana en 1866, y en el infatigable empeño por hallar cauces jurídicos y superar diferencias de toda índole entre las naciones hermanas, se siente por esto y por mucho más, indisolublemente **vinculado** con la integración latinoamericana en la marcha popular hacia la felicidad soñada por los libertadores de esta parte del Nuevo Mundo.

Comprometo, pues, ante el monumento al héroe granadino la voluntad del Perú en servicio de la auténtica comunidad espiritual y económica

con los pueblos fraternos, y al hacerlo solo reitero la palabra del Gobierno que represento, fiel a los ideales de colaboración, amistad y paz que marcan el rumbo invariable de nuestra política internacional.

General Córdoba:

Yo formulo ante el bronce que perpetúa tu figura prócer, la solemne promesa de llegar hasta tu misma tumba en Rionegro, último peldaño que escalaste en la ruta a la inmortalidad, para ofrendarte mi plegaria y reconocimiento. Cuando esto ocurra hablaremos tú y yo en el campo intangible de las sombras y en la elocuente comunión del silencio, sobre los destinos de América. Evocaré en ese lugar de paz tus más altos ideales y te diré cuánto de grande ha crecido en el suelo de mi Patria el árbol de la libertad que sembraste con la punta de tu espada. Cuando llegue ese día habré saldado en una pequeña parte el homenaje que te debemos. Sé que tu recordarás mejor que nadie a tus camaradas peruanos y a los hombres de toda América que componiendo el Ejército Libertador hicieron de Ayacucho la cuna de nuestra independencia y el crisol de nuestras ansias comunes. Y tus designios, salidos de un corazón juvenil, revivirán en ese día como un revoloteo de almas deseosas de hacer tangible en estos años decisivos los altos propósitos que siempre signaron tu vida, tu pasión y tu muerte.

Mi General: En nombre del Perú, honra a tu espada y gloria a tu gesto de libertad.